

Artículo especial

Análisis fenomenológico de una experiencia psicodélica: una aproximación a la obra de Huxley *Las puertas de la percepción* (parte I)

PASCUAL ÁNGEL GARGIULO

PASCUAL ÁNGEL GARGIULO
Médico.
Dr. en Medicina.
Profesor Titular.
Facultad de Humanidades y
Ciencias Económicas.
Universidad Católica Argentina
(UCA).
Director del Laboratorio de
Neurociencias y Psicología
Experimental,
Área de Farmacología.
Facultad de Ciencias Médicas.
Universidad Nacional de Cuyo
(UNCuyo).
Consejo Nacional de
Investigaciones Científicas y
Técnicas (CONICET).
Mendoza, R. Argentina.

FECHA DE RECEPCIÓN: 03/01/2020
FECHA DE ACEPTACIÓN: 28/02/2020

En el presente estudio se intenta una aproximación fenomenológica a la obra de Huxley *Las puertas de la percepción*. A lo largo de su lectura se advierte que diversos elementos considerados manifestaciones de una iluminación guardan una analogía con fenómenos psicopatológicos propios de la esquizofrenia incipiente, al modo en que es descrita por Conrad en su obra *La esquizofrenia incipiente*. Llama realmente la atención el paralelismo entre las descripciones fenomenológicas de uno y otro autor, las similitudes de los fenómenos descriptos y la posibilidad de considerar la experiencia psicodélica de Huxley más como una psicosis inducida por drogas que como un estado de iluminación religiosa. Esta situación, que podría ser considerada equívoca, es nada más y nada menos que la raíz de uno de los movimientos religiosos más llamativos de los últimos decenios: el movimiento *hippie*, basado en el uso ritual de la mezcalina. Aún así, la riqueza descriptiva, la precisión del lenguaje, la elegancia de los modos expresivos, la ponderación de los posibles alcances de lo vivido en ese momento, dan a esta obra una nueva y llamativa presencia. El fenómeno inicialmente interpretado como extático adquiere así los ribetes de una manifestación del delirio, descrito y sostenido por uno de los cultores de la palabra más brillantes de la historia. La relación con otros fenómenos relacionados es discutida al final del presente trabajo.

Palabras clave: Psicotogénico – Experiencia psicodélica – Movimiento hippie – Mezcalina – Delirio – Psicosis experimental.

Phenomenological analysis of a psychedelic experience: An approach to Huxley's study *The doors of perception* (Part I)

In the present study a phenomenological approach to the work of Huxley *The doors of perception* is attempted. Throughout its reading it is noticed that diverse elements considered manifestations of an illumination keep an analogy with psychopathological phenomena typical of the incipient schizophrenia, to the way in which it is described by Conrad in his work *The Incipient Schizophrenia*. The parallelism between the phenomenological descriptions of one author and the other, the similarities of the described phenomena and the possibility of considering Huxley's psychedelic experience more as a drug-induced psychosis than as a state of religious enlightenment, is really striking. This situation, which could be considered equivocal, is nothing more and nothing less than the root of one of the most striking religious movements of recent decades: it is the origin of the Hippie movement, based on the ritual use of mescaline. Even so, the descriptive richness, the precision of the language, the elegance of the expressive ways, the weighting of the possible scope of the lived thing in that moment, give to this work a new and striking presence. The phenomenon initially interpreted as ecstatic thus acquires the edges of a manifestation of delirium, described and sustained by one of the most brilliant growers of word in history. The relationship with other related phenomena is discussed here at the end of this study.

Keywords: Psychotogenic – Psychedelic Experience – Hippie Movement – Mescaline – Delusion – Experimental Psychoses.

CORRESPONDENCIA
Dr. Pascual Ángel Gargiulo.
Av. Brandsen 2312.
Dorrego. Guaymallén Mendoza
(5519). R. Argentina;
pagargiulo@hotmail.com

Introducción

La comprensión cabe frente al fenómeno individual o al colectivo. La comprensión implica la situación en el marco referencial del comprendido, sea un individuo o sea una generación. Comprender es, necesariamente, hacer empatía. Comprender es ubicarnos en el lugar del otro y ver su historia desde su marco referencial interno. Comprender es, aquí, captar el sentido de la vivencia a través de la descripción, como modo de acceder a lo esencial. Comprender es captar el sentido de lo vivido, el sentido de las vivencias [5]. Así, un hecho histórico queda captado a través del relato de nuestra propia historia. Nuestra propia historia es aquí la vía más directa para la comprensión de la vida colectiva. Lo que hemos vivido tiene un matiz de realidad, de sentimientos, de emociones, cuando no de pasiones, que le da un colorido diferente a la historia recibida de un relato. La comprensión de lo vivido es comprensión de y desde la propia historia, para generar una apertura hacia el futuro, hacia una condición de espera, hacia una condición de esperanza [6, 5]. La empatía es el modo de sentir la comunicación con el otro desde nuestras propias percepciones, captando el marco referencial, los sentimientos y las valoraciones del otro desde nosotros a partir de la vivencia del encuentro [5]. Este es un intento de comprender la situación del otro como persona y de abordar con explicaciones causales lo surgido de lo corporal [5].

Intentaremos comprender aquí un experimento clínico, un fenómeno experiencial, un conjunto de vivencias, con proyecciones muy importantes en una época determinada de la historia, realizando una «reducción», clausura o «*epoché*». Analizaremos el experimento de Huxley en *Las puertas de la percepción* [7] como hecho psicopatológico experimental descrito con un criterio clínico fenomenológico. Lo que describimos aquí es la semiología de una psicosis experimental y no una psicosis primaria. Si bien es posible que determinadas estructuras cerebrales se vean conmovidas de un modo que puede ser idéntico, o bien similar u homólogo, en la psicosis experimental y en las psicosis primarias, esto no implica una identidad entre ambos cuadros, cuya significación clínica y existencial es muy dispar. Sería un error grosero derivar todo el pensamiento de Huxley de estas experiencias,

aunque éstas tengan alguna relevancia en su planteo. Valgan las debidas salvedades.

Huxley: breve nota sobre el hombre

La vida de Aldous Huxley constituyó una prolífica y creativa labor intelectual. No es nuestra intención aquí hacer una aproximación extensa a su obra. Baste la mención sintética de algunas de sus obras para mostrar su trayectoria. Su vinculación familiar permitió ya el brillo que lo caracterizó. La superación de una enfermedad oftálmica mostró ya su temple frente a los límites y es posible que haya contribuido a moldear algunas facetas de su personalidad. Una intensa motivación de este orden lo llevó a cultivar cierto enciclopedismo, que es destacado por quienes se han interesado en su vida y obra [1, 4].

La revolución psicofarmacológica se insinuaba y las drogas psicotrópicas prometían aportar nuevas soluciones para viejos problemas. Ya se expresa su interés por las drogas y su uso masivo en *Un mundo feliz* [8], etapa en que se preveía que los psicofármacos ofrecían tanto promesas como riesgos de control por los poderes estatales. Simultáneamente, el interés de Huxley por la religión se va incrementando y explora diversos caminos en *La filosofía perenne* [9]. Dedicado fundamentalmente a Oriente, aparece aquí un contrapeso contemplativo a los peligros de la alienación por la técnica en Occidente.

Hacia 1950, y a modo de búsqueda, decide involucrarse en una experiencia con mezcalina como «conejillo de Indias». Su experiencia con drogas psicotogénicas constituye un aporte a la psicopatología, al referir con un lenguaje vivo y preciso lo ocurrido en este intento. Creemos que esta vertiente de su experiencia desde la psicopatología es una psicosis experimental, y que, como tal, aporta claridades a la explicación del delirio incipiente. La droga psicotogénica y un relator como Huxley constituyen una combinación feliz, insuperable. Luego, Huxley dedicó el resto de su vida a la divulgación de sus ideas y experiencias, en buena medida relacionadas con lo vivido en esa oportunidad y la sociedad en la que vivió. Muchas de sus apreciaciones fueron tomadas como propias por su generación, generando movimientos tales como el *hippie*. Esta actitud de reconcentración sobre

la propia experiencia interna, que fue propuesta por Huxley como un camino de pacificación en una sociedad signada por el flagelo de la guerra, influenció al pacifismo del movimiento *hippie*, sobre lo que volveremos más abajo.

Sobre la «incomunicabilidad»

Un dato relevante a tener en cuenta es que Huxley descreía de la posibilidad de una comunicación interpersonal verbal de cierta profundidad. Esto puede haber influido en su postura de experiencia interna e incommunicable. Así, en *Las puertas de la percepción* afirma:

La mayoría de los universos islas tienen las suficientes semejanzas entre sí para permitir la comprensión por inferencia y hasta la empatía o «dentro del sentimiento». Así, recordando nuestras propias aflicciones y humillaciones, podemos condolernos de otros en análogas circunstancias, podemos ponernos —siempre, desde luego, un poco al estilo Pickwick— en su lugar. Pero, en ciertos casos, la comunicación entre universos es incompleta o hasta inexistente. La inteligencia es su propio lugar y los lugares habitados por los insanos y los excepcionalmente dotados son tan diferentes de aquellos en que viven los hombres y mujeres corrientes, que hay poco o ningún terreno común de memoria que pueda servir de base para la comprensión o la comunidad de sentimientos. Se pronuncian palabras, pero son las palabras que no ilustran. Las cosas y acontecimientos a que los símbolos hacen referencia pertenecen a campos de experiencia que se excluyen mutuamente [7, pp.14-15].

Se plantea aquí el hecho y los grados posibles de empatía. Si bien se reconoce su posibilidad (condolernos de los demás a partir de nuestras propias aflicciones y humillaciones), «la comunicación entre universos es incompleta o hasta inexistente». Apela a diferencias más o menos polares en materia de inteligencia y, particularmente, entre «insanos» y «excepcionalmente dotados», por un lado, y las «personas normales» por el otro. Descree de una posibilidad de comunidad de sentimientos que pueda permitir la comprensión mutua. Alude, en una posición que se repite en su obra, a las dificultades de la palabra como símbolo. Estas dificultades de la palabra como símbolo provienen de campos de experiencia sin fusión o

cercanía posible. Hay «universos islas» que no tienen comunicación posible.

Vernos a nosotros mismos como los demás nos ven es un don en extremo conveniente. Apenas es menos importante la capacidad de ver a los demás como ellos mismos se ven. Pero ¿qué pasa si los demás pertenecen a una especie distinta y habitan en un universo radicalmente extraño? Por ejemplo, ¿cómo puede el cuerdo llegar a saber lo que realmente se siente cuando se está loco? O, a menos que también se haya nacido visionario, médium o genio musical, ¿cómo podemos visitar los mundos en los que Blake, Swedenborg o Johann Sebastián Bach se sentían en su casa? Y ¿cómo puede un hombre que se halla en los límites extremos de la ectomorfia y cerebrotonía ponerse en el lugar de otro situado en los límites de la endomorfia o viscerotonía o, salvo en ciertas zonas muy circunscriptas, compartir los sentimientos de quien se encuentra en los límites de la mesomorfia o somatotonía? Supongo que estas preguntas carecen de sentido para el *behaviourista* sin paliativos, atento únicamente a los comportamientos. Pero, para quienes teóricamente creen lo que en la práctica saben que es verdad —concretamente, que hay un interior para la experiencia, lo mismo que un exterior—, los problemas planteados son problemas reales, tanto más graves cuanto que algunos son completamente insolubles y otros solubles tan sólo en circunstancias excepcionales y por métodos que no están al alcance de cualquiera. Así, parece virtualmente indudable que nunca sabré que se siente cuando se es un Sir John Falstaff o un Joe Louis. En cambio, siempre me ha parecido que, por ejemplo, mediante la hipnosis o la autohipnosis, por medio de una meditación sistemática o también tomando la droga adecuada, es posible cambiar mi modo ordinario de conciencia hasta el punto de quedar en condiciones de saber, desde dentro, de qué hablan el visionario, el médium y hasta el místico [7 pp. 15-17].

Recurre aquí el argumento de que existen individuos que pertenecen a una «especie distinta», de personas que están en un «universo radicalmente extraño». Si bien el argumento es aceptable, la validez numérica puede ser cuestionada. La diferencia de temperamento en cambio no se advierte como una barrera inaccesible para la comunicación empática. Parecería haber aquí un cierto énfasis en la

fundamentación de las dificultades de comunicación, algo por encima de lo esperable. Y no es que el *behaviourista* las niegue, por ser internas, sino que da la impresión de cierto sobredimensionamiento de las dificultades. Sostiene luego Huxley que hay problemas graves, unos insolubles y otros solubles con métodos excepcionales «que no están al alcance de cualquiera», para sortear este obstáculo. La propuesta siguiente es válida para acceder a la experiencia de personas absolutamente «inusuales»: «el visionario, el médium y hasta el místico». Y los medios propuestos no son menos inusuales: «la hipnosis o la autohipnosis», una «meditación sistemática» o la «droga adecuada». Estos esfuerzos inusuales para empatizar con gentes excepcionales guardarían una relación con el grado de dificultad en el plano empático. Esta dificultad para establecer a través de las palabras y los gestos verdaderos puentes de comprensión, pudo haber incidido en su búsqueda de un modo no verbal, contemplativo, de acceder a realidades y existencias. Es posible que su historia personal (problema oftalmológico) pueda haber incidido de modo precoz, dificultando el contacto empático desde lo visual y lo haya llevado a intentar otras posibilidades de acceso empático desde su infancia.

La época

La época en que actúa Huxley es la postguerra en Estados Unidos. El momento estuvo signado por la prosperidad de una sociedad pragmática y técnica, que produjo el inusitado efecto de un interés por la indagación espiritual en esa sociedad. Una época signada por la sobreabundancia podría haber implicado el soslayamiento de temas como los abordados por Huxley que, sin embargo, irrumpieron con fuerza. Esta fuerza es particularmente, evidente en el movimiento *hippie*, que toma de las ideas de Huxley su eje e hilo conductor. La relegación de Dios y el pacifismo fueron dos tópicos muy enraizados en el movimiento mencionado y han sido motivo de estudios conocidos. Particularmente la pulsión mística se presenta como un deseo de «ver a Dios de frente», expresión explícita en los seguidores de este grupo [12]. El tema del pacifismo surge también inspirado por Huxley, particularmente en *Las puertas de la percepción* [13]. Propone una actitud de contemplación, lejos de «las

sucias dádivas del mundo». Y señala todos los vicios que no sería esperable encontrar en un contemplativo. Este momento histórico, posterior a la Segunda Guerra Mundial e inmediatamente después de la guerra de Corea, constituye un campo fértil para la prédica pacifista que, lejos de ser una posición de momento, es para Huxley parte de sus convicciones centrales. El pacifismo se desprende de su visión del mundo y se encuentra ligado a su apetito por lo trascendente, a su voluntad de reinstauración de lo espiritual en un mundo técnico e inhumano.

Hay una vocación clara por lo místico aquí. La mística, como lo concerniente a los misterios, *mystikos*, comporta una actitud de cara a lo inabarcable, a lo inefable, a lo misterioso [10, 11]. El alma entra, así, en una relación directa con Dios, la cual es vivida como una experiencia. En su grado más elevado constituye el éxtasis, el salir de sí mismo. En este grado quedan suspendidos todos los sentidos y el alma experimenta de un modo directo a Dios. Es un estado sobrenatural tendiente a alzar lo inefable de Dios. Así lo refieren los místicos cristianos, entre los que se destaca San Juan de la Cruz.

Estimamos que el movimiento *hippie* fue producto de numerosas variables históricas, pero debería destacarse fundamentalmente su dimensión mística. Nos interesa como intento fallido, pero intento al fin, de recuperar este Orden. Nos interesa, más allá de la hojarasca, lo que tuvo de intento de recuperación del vivenciar místico, de sintonía con la Divinidad. Las ideas y creencias del movimiento *hippie* tienen preferencias y tópicos personales que se corresponden con los dioses de Huxley, quien propone a los contemplativos como un grupo destinado a ayudar a los demás, partiendo de su propia noción de valía. Su convicción de que la contemplación salvará al hombre es clara. No admite una contemplación sin ética. Lo expone claramente en *Las puertas de la percepción*.

Permítaseme añadir, antes de dejar este tema, que no hay forma de contemplación, incluida la más quietista, que no posea valores éticos. La mitad por lo menos de toda moral es negativa y consiste en no hacer nada malo. El padrenuestro apenas tiene cincuenta palabras y seis de ellas están dedicadas a pedir a Dios que no nos

deje caer en la tentación. El contemplativo unilateral deja sin hacer muchas cosas que debería hacer, pero compensa esto absteniéndose de multitud de cosas que estarían mal hechas. Pascal observó que el sumo mal disminuiría mucho si los hombres aprendieran a quedarse sentados en sus habitaciones. El contemplativo cuya percepción ha sido purificada no necesita quedarse en su habitación. Puede dedicarse a sus cosas, tan completamente satisfecho de ver el divino Orden de Cosas y de participar en él que no sentirá en ningún momento la tentación de aceptar lo que Traherne llamó «las sucias Dádivas del mundo» [7 pp. 56-67].

Cuando nos sentimos los únicos herederos del universo, cuando «por nuestras venas el mar discurre... y nuestras joyas son las estrellas», cuando cuanto percibimos es infinito y santo, ¿qué razones podemos tener para la codicia o la ambición, para buscar el poder o formas de placer más funestas? No es probable que los contemplativos se conviertan en fulleros, alcahuetes o borrachos; por regla general, no predicen la intolerancia ni hacen la guerra; no juzgan necesario robar, estafar o explotar a los pobres. Y a estas enormes virtudes negativas podemos añadir otra que, aunque de definición difícil, es positiva e importante. Cabe que el *arhat* y el quietista no practiquen la contemplación en su plenitud, pero, si la practican de algún modo, pueden traer informes esclarecedores de otro y trascendente campo del espíritu y, si la practican en la cumbre, se convertirán en conductos por los que puede llegar desde ese campo cierta benéfica influencia a un mundo de ofuscados sí mismos, que se están crónicamente muriendo por falta de ella [7 pp. 57-58].

El intento aquí es claro y válido. Y su proyección esperada sobre el mundo razonablemente sostenible. Al estar la contemplación ligada a valores éticos, no se necesita el aislamiento sugerido por Pascal. Los conocedores del «Divino Orden de Cosas» pueden «participar en él» estando en el mundo, sin contaminarse con «sucias Dádivas». Los contemplativos son «los únicos herederos del universo». No codician ni ambicionan el poder porque tienen mucho más. No caen en bajas pasiones ni tienen la intolerancia que conduce a la guerra. No perjudican a los demás. Traen una «benéfica influencia» acercando desde el «otro y trascendente campo del espíritu» el «esclarecimiento necesario» para «un mundo de ofus-

cados sí mismos». En este contexto, la búsqueda de la trascendencia no es solo una necesidad o un apetito individual. Es una respuesta al mundo y a la guerra. Una necesidad imperativa para un mundo ofuscado y violento. Un apetito de Luz para la Paz.

Breve análisis de una obra significativa

Si hay una obra medular en este punto de correlación entre las concepciones de Huxley y el movimiento *hippie* esta es *Las puertas de la percepción*. Asimismo, la inducción de esta psicosis experimental aquí relatada sigue siendo motivo de interés a nivel científico [3]. El presente análisis pretende destacar algunos puntos interesantes al respecto y no ser exhaustivo en ningún sentido. Intentaremos con unas pinceladas retratar y destacar algunos pasajes que pueden servir a la comprensión de la incidencia de este autor en este movimiento.

La obra en sí es el relato de una experiencia de Huxley durante una psicosis experimental inducida por el consumo de «cuatro décimas de gramo» de mezcalina. En buen romance y con claridad clínica, una *psicosis inducida por drogas*. Posteriormente dirá que la esquizofrenia tiene su paraíso, sus purgatorios y sus infiernos. Curiosamente, no tengo noticia de que se haya explorado esta obra con el interés de arrojar luz sobre el inicio de los fenómenos delirantes, cuando todo indicaría sus ventajas en este punto. Difícilmente pueda lograrse una descripción de estos fenómenos más elegante y precisa que la de las páginas de esta obra. Por todo lo dicho, nos ha parecido lo mejor intentar realizar un análisis fenomenológico de las afirmaciones contenidas como modo de acceder a la esencia de lo afirmado.

Esta breve y clásica obra se inicia con una cita de Blake, que propone captar el infinito en la percepción de un objeto singular con la modificación de los modos de percepción. Esta afirmación anuncia de alguna manera la interpretación que dará Huxley a sus experiencias. Luego volveremos con algunas evidencias de las neurociencias al respecto y los procesos cerebrales de recepción y elaboración de estímulos. A continuación, Huxley introduce el tema realizando una prolija descripción del estado del arte hacia la década de los años cincuenta del siglo pasado. Hace un rápido *racconto* de la historia del *peyotl* y

su relación con las culturas indias precolombinas, mencionando el hecho de que ya lo conocían los españoles al llegar a América. Refiere relatos según los cuales los indígenas comían una raíz llamada *peyotl*, y que la veneraban como una deidad. Posteriormente detalla su efecto farmacológico psicotrópico y la modificación psicológica inducida, describiéndolo como un efecto sobre la conciencia.

Menciona el hecho de que se ha sintetizado y afirma que algunos alienistas han utilizado mezcalina para comprender mejor a sus pacientes. Sin decir claramente que se trataba de una psicosis experimental, parece registrar puntos muy interesantes en relación con esta. Concretamente, la experiencia que Huxley refiere, aparentemente de profundo contenido vivencial, no es, estrictamente, una experiencia mística. Su sentido es otro, y de aquí un nuevo valor que deseáramos dar a su obra. Más que un viaje a las profundidades abisales, se puede interpretar como una modalidad de bucear en una forma de dolor, de padecimiento humano.

Huxley realiza una de las descripciones más brillantes de todos los tiempos de una psicosis inducida por drogas. Si se toma desde esta perspectiva —desde la cual el material no fue analizado, hasta donde llega nuestra información— representa un aporte muy significativo a la psicopatología. Vamos a someter, pues, esta experiencia a un análisis clínico fenomenológico.

Debe destacarse que esto es entrevisto, tal vez sin percepción de sus alcances y trascendencia, cuando Huxley refiere que más de un filósofo puede sacar conclusiones en torno a «ciertos viejos enigmas no resueltos», como el tema del «lugar de la inteligencia» y de la «relación entre el cerebro y la conciencia». Asimismo, se extiende en explicaciones sobre las relaciones estructurales entre la mezcalina, el ácido lisérgico y ciertas moléculas endógenas, tales como la adrenalina y el adrenocromo. Si bien al hablar de algunas de estas sustancias plantea relaciones que no se sostienen en la actualidad como responsables de la esquizofrenia, vale el intento de dar una explicación bioquímica al proceso.

Como se dijo anteriormente, su postura frente a una posible comunicación de experien-

cias es bastante clara, y parecería negar la capacidad de contactos empáticos profundos. Como sugerimos allí, podría tener relación con cierta dificultad para la captación gestual debido a una temprana enfermedad oftálmica, que sin embargo logró superar. Tras sostener que la soledad es una condición difícilmente superable para el hombre, afirma que la autotranscendencia es siempre un imposible, aún para los amantes, que tratan vanamente de «fusionar sus aislados éxtasis». Sostiene que:

Por su misma naturaleza, cada espíritu con una encarnación está condenado a padecer y gozar en la soledad. Las sensaciones, los sentimientos, las intuiciones, imaginaciones y fantasías son siempre cosas privadas y, salvo por medio de símbolos y de segunda mano, incomunicables. Podemos formar un fondo común de información sobre experiencias, pero no de las experiencias mismas. De la familia a la nación, cada grupo humano es una sociedad de universos islas [7 p. 14].

De este modo y de antemano se propone el carácter intransferible de las experiencias a vivir y realiza, debe reconocerse, un notable esfuerzo para describir, con toda precisión, vivencias, sensaciones subjetivas de un modo colorido y gráfico, en un intento de compartir «cosas privadas», «incomunicables». Añade a este experimento el diálogo con un «investigador» que va interrogándolo y registrando la conversación en un «dictáfono».

Durante esta parte del experimento se registraban todas las conversaciones en un dictáfono y esto me ha permitido refrescar mi memoria [7 p. 20].

La prueba se inicia «una luminosa semana de mayo», cuando se decidió a servir de «conejo de Indias» tomando «cuatro décimas de gramo de mezcalina». Se ha señalado en estudios previos el carácter psicótico de las alucinaciones referidas en esta experiencia, pero entiendo que no se ha prestado la suficiente atención a los fenómenos delirantes u homólogos del delirio que, en muchos casos, han sido interpretados como verdaderas iluminaciones sin más y no como un posible delirio inducido por drogas. Diversos elementos descriptos en esta psicosis experimental tienen un claro correlato con las manifestaciones delirantes

presentes en las psicosis esquizofrénicas, a las cuales emulan. Numerosos colegas soñarían con tener un paciente esquizofrénico con una cultura general amplia, un lenguaje preciso y rico, una capacidad de introspección desarrollada, y deseos de describir detalladamente lo ocurrido. Consideremos aquí la posibilidad de realizar un análisis fenomenológico del relato de Huxley, como si fuese ese paciente, experimentalmente facilitado, y psicótico durante el periodo de efecto de la droga. Realizaremos pues un análisis clínico fenomenológico de su relato.

Síntomas inducidos por la mezcalina

En la psiquiatría contemporánea, pocos autores han tenido una capacidad de penetración clínico semiológica comparable a la de Karl Jaspers y Kurt Schneider y, posteriormente y siguiendo líneas similares en el estudio de la esquizofrenia, Klaus Conrad [2]. Éste último, en su conocida obra *La esquizofrenia incipiente* realiza una cuidadosa descripción de los delirios en su momento naciente, a partir de vivencias psicóticas tempranas en el curso de la enfermedad. Ha sistematizado también el curso del delirio, aportando elementos interesantes para su explicación. De una cuidadosa lectura de este autor y del análisis de lo referido por Huxley en *Las puertas de la percepción*, surge un cúmulo de descripciones o evidencias que parecen acercar las psicosis en su momento inicial a los elementos surgidos del relato de una psicosis experimental inducida por un psicodisléptico, la mezcalina. Éste es el trabajo que intentaremos hacer en este capítulo y creemos que es un aporte importante. Partimos entonces del relato de Huxley, intentando secuenciar los efectos de la ingesta de mezcalina y sus aparentes similitudes con las psicosis en su estadio inicial.

En la obra de Klaus Conrad [2], se destaca el estudio de un delirio en su forma incipiente. Tras un estado delirante previo, definido como «humor delirante» o «temple delirante», se instalan los fenómenos delirantes propiamente dichos. Existe para ello una denominación que abarca todos estos fenómenos delirantes, la de «apofanía». Se aplica toda vez que se observa una manifestación delirante, que puede manifestarse a través de diversos fenómenos. La idea delirante es primaria, esto es, no está condicionada ni por trastor-

nos de conciencia ni por deformaciones afectivas. Es definida por el paciente como una «revelación», como una «corazonada», dotada de una fuerza de convicción absoluta. Se trata de una «certeza». La percepción delirante consiste en adscribir a una percepción una determinada significación autorreferencial y persecutoria. Este carácter surge arbitrariamente. Se establece una relación entre esa percepción y ese significado que no tiene sentido. Éste y otros fenómenos similares son designados por Conrad como «apofanías».

Para la vivencia específica de la «conciencia de la significación anormal» (Jaspers), o bien la vivencia de «establecimiento de relación sin motivo» (Gruhle), es decir, para aquellas formas vivenciales a las que corrientemente se llama «percepción delirante», representación delirante, etc., hemos introducido la designación «apofanía» con el fin de tener a mano una expresión práctica y claramente definida de una forma de vivencia que, de acuerdo con Jaspers, Gruhle, K. Schneider, Mayer-Gross, y otros, nos parece tener una importancia central. Esta expresión la seleccionamos basándonos en la afirmación de Jaspers de que «el saber, que se impone de modo inmediato, acerca de significaciones» —precisamente una revelación—, es el carácter fundamental de la vivencia delirante primaria [2 p. 63].

Huxley se somete a un tratamiento con una droga psicotogénica. Esto equivale a generar condiciones similares a las observadas en las psicosis. Ha sido evidente esta condición cuando se ha descrito algún fenómeno alucinatorio. Pero no se ha realizado un análisis de las interpretaciones de la percepción en este contexto. Muchas de las percepciones de Huxley bajo el efecto de la droga tienen un carácter muy similar al observado y referido en las vivencias de lo *apofánico*. Puede especularse diciendo que, como las alucinaciones, es un fenómeno ligado al cuadro inducido. Puede irse más allá y sostener que un cuadro y otro, diferentes en numerosos puntos, tienen una base biológica muy similar. Y puede establecerse diferencias categoriales que alejan un cuadro del otro. Pero debe señalarse que muy frecuentemente se han comparado y destacado las similitudes de ambos procesos alucinatorios, pero no se ha señalado el conjunto de paralelismos en el

delirio. No se puede establecer una relación de causalidad entre la droga y lo percibido, pero sí puede decirse que la droga facilita un conjunto de eventos cerebrales que permiten que los fenómenos se manifiesten y que lo hagan de un modo similar u homólogo a lo observado en las psicosis.

En el relato de Huxley puede registrarse un conjunto de síntomas, tales como vivencias apofánicas, alucinaciones y modificaciones de lo témporo-espacial en la percepción, que comentaremos a continuación.

Vivencias apofánicas

Narramos lo ocurrido a partir del testimonio del autor sobre la secuencia de fenómenos que se inician en su experiencia de consumo de un psicodisléptico, la mezcalina.

Tomé mi píldora a las once. Hora y media después estaba sentado en mi estudio, con la mirada fija en un florero de cristal. Este florero contenía únicamente tres flores: una rosa Bella de Portugal completamente abierta, de un rosado de concha, pero mostrando en la base de cada pétalo un matiz más cálido y vivo; un gran clavel de color magenta y crema; y, pálida púrpura en el extremo de su tallo roto, la audaz floración heráldica de un iris. Fortuito y provisional, el ramillete infringía todas las normas del buen gusto tradicional. Aquella misma mañana, a la hora del desayuno, me había llamado la atención la viva disonancia de los colores. Pero no se trataba ya de esto. No contemplaba ahora unas flores dispuestas del modo desusado. Estaba contemplando lo que Adán había contemplado a la mañana de su creación: el milagro, momento por momento, de la existencia desnuda [7 p. 20].

Podemos observar aquí una clara exaltación afectiva, particularmente referida al mundo externo, a las imágenes. Las cosas son las mismas pero iluminadas por una luz distinta, la luz que iluminó a Adán el día de su creación, el «milagro de la existencia desnuda». Hay aquí una transmutación no sugerida, sino dicha. La observación de las flores pasa a ser la observación de la «existencia desnuda», una existencia de otra categoría, más vívida, más fuerte. Lo circunstancial se ha modificado, ha experimentado una transmutación. Hay un «milagro»: el de la «existencia desnuda». Podría hablarse aquí de un estado homólogo al «tem-

ple» o «humor delirante» en el sentido de Conrad. La experiencia parece estar signada por un tipo muy claro de existencia de las cosas. Huxley utiliza una palabra empleada por un místico:

—¿Es agradable?— preguntó alguien.

—Ni agradable ni desagradable —contesté—. Simplemente, es...

...Istigkeit... ¿no era esta la palabra que agradaba a Meister Eckhart? «Ser-encia» [7 pp. 20-21].

El término «*Istigkeit*» es utilizado por Huxley para designar algo que traducen como ser-encia o ser-idad. *Istigkeit* es el abstracto del verbo ser en alemán, *ist*, *is* en inglés y *es* en castellano.¹ Parece designar una *sensación de fuerte presencia* percibida desde lo extático, pero en el marco de la experiencia de Huxley podría ser interpretado como un elemento de la psicosis tóxica, algo más bien ligado a una experiencia delirante, confiriéndole un carácter de *evidencia*.

El relato continúa con percepciones que adquieren una dimensión inesperada desde la vigilia normal.

Ahora podemos poner fin a esta larga pero indispensable excursión por los campos de la teoría y volver a los hechos milagrosos: cuatro patas de una silla de mimbre en el centro de una habitación. Como los narcisos de Wordsworth, estas cuatro patas procuran toda clase de riqueza: el don, superior a todo precio, de un nuevo conocimiento directo de la verdadera Naturaleza de las Cosas, junto a un más modesto tesoro de comprensión, especialmente en el campo de las artes [7 pp. 35-36].

Aparece aquí la refulgencia de la experiencia apofánica al modo de Conrad. Es una apofanía del mundo exterior, preñado de significados y revelaciones. Las cuatro patas de una silla de mimbre pasan a ser objetos que «procuran toda clase de riqueza». Nada más ni nada menos, pasan a procurar «un nuevo conocimiento directo de la verdadera Naturaleza de las Cosas». El carácter apofánico de la afirmación podría ser considerado

¹ Comunicación personal con Juan José Sanguinetti en 2016.

aquí enfático. Podría entonces hablarse de un estado homólogo al humor delirante y, acorde al mismo, de una experiencia delirante primaria. Una verdadera apofanía destacando la refulgencia de lo concebible como delirante.

En cambio, siempre me ha parecido que, por ejemplo, mediante la hipnosis o la autohipnosis, por medio de una meditación sistemática o también tomando la droga adecuada, es posible cambiar mi modo ordinario de conciencia hasta el punto de quedar en condiciones de saber, desde dentro, de qué hablan el visionario, el médium y hasta el místico [7 pp. 16-17].

La suposición puede ser aquí algo desmesurada. Parece confundir la mística con las experiencias extáticas sin más, o con los hechos inusuales o no comprobables. El visionario se adelanta al presente en un acto único. El médium *pretende* «mediar», ser un «puente», un «pontífice» entre el mundo de los vivos y el más allá. El místico, caiga o no en el éxtasis, pretende ordenar su existencia hacia lo absoluto. Parecido no es lo mismo. Analogía no es identidad.

Las percepciones apofánicas se repiten en forma ininterrumpida en el texto. Las luces y los significados siguen iluminando un camino sinuoso.

Istigkeit... ¿No era ésta la palabra que agradaba a Meister Eckhart? “Ser-Encia”. El ser de la filosofía platónica, salvo que Platón parece haber cometido el enorme y absurdo error de separarlo del devenir e identificarlo con la abstracción matemática de la Idea. El pobre hombre no hubiera podido ver nunca un ramillete de flores brillando con su propia luz interior y punto menos que estremeciéndose bajo la presión del significado que estaba cargado; nunca hubiera podido percibir que lo que la rosa, el iris y el clavel significaban tan intensamente era nada más, y nada menos, que lo que eran, una transitoriedad que era sin embargo vida eterna, un perpetuo perecimiento que era al mismo tiempo puro Ser, un puñado de particularidades insignificantes y únicas en las que cabía ver, por una indecible y sin embargo evidente paradoja, la divina fuente de toda existencia [7 p. 21].

El planteo continúa. Aparece, renglón tras renglón, un nuevo significado de lo percibido. Continúa la visión que podría ser considerada apofánica. Hay un «ramillete de flores bri-

llando con su propia luz interior». Hay una carga de significados que hace estremecer a las cosas percibidas. Las flores se estremecen «bajo la presión del significado que estaba cargado». La «transitoriedad» se transforma, se permuta, se transfigura en «vida eterna». Un «perpetuo perecimiento» se transforma en «puro Ser». «Un puñado de particularidades insignificantes» se transmuta a «puro Ser», en divina fuente de toda existencia. La similitud con las vivencias apofánicas es aquí difícilmente disimulable.

Las imágenes y sus fantásticas descripciones se suceden posteriormente en este texto.

Continué en contemplación de las flores y, en su luz viva, creí advertir el equivalente cualitativo de la respiración, pero de una respiración sin retorno al punto de partida, sin reflujos recurrentes, con sólo un reiterado discurrir de una belleza a una belleza mayor, de un hondo significado a otro todavía más hondo. Me vinieron a las mentes palabras como Gracia y Transfiguración y esto era, desde luego, lo que las flores, entre otras cosas, sostenían. Mi vista pasó de la rosa al clavel y de esta plúmea incandescencia a las suaves volutas de amatista sentimental que era el iris. La Visión Beatífica, *Sat Chit Anada*, Ser-Conocimiento-Bienaventuranza... Por primera vez comprendí, no al nivel de las palabras, no por indicaciones incoadas o a lo lejos, sino precisa y completamente, a qué hacían referencia estas prodigiosas sílabas. Y luego recordé un pasaje que había leído en uno de los ensayos de Suzuki: «¿Qué es el Dharma-Cuerpo del Buda?» (El Dharma-Cuerpo del Buda es otro modo de decir Inteligencia, Identidad, el Vacío, la Divinidad). Quien formula la pregunta es un fervoroso y perplejo novicio en un monasterio Zen. Y con la rápida incoherencia de uno de los Hermanos Marx, el Maestro contesta: «El seto al fondo del jardín». El novicio, en la incertidumbre, indaga: «Y el que puede comprender esta verdad ¿qué es, puede decírmelo?» Groucho le da un golpecito en el hombro con el báculo y contesta: «Un león de dorado pelaje» [7 pp. 21-23].

Las flores ya no son solo flores. Son el camino, el sostén o la sugerencia de la Gracia y la Transfiguración, la «Visión Beatífica». Otro equivalente de la apofanía. Las tres flores descritas tienen una «plúmea incandescencia», de la que se pasa «a las suaves volutas de

amatista sentimental que era el iris». La figura no puede ser más rica y abarcativa. Por momentos va más allá que una cenestesia. Una imagen cinética («suaves volutas»): se une a una imagen pétrea y estática («amatista») y a un estado del yo propio del percibiente atribuido a la piedra («sentimental»). Con un movimiento adicional, describe el acto de poner a un aprendiz de Zen en «*off side*» facilitando una expresión no ligada a la palabra, al lenguaje corriente, abriendo una puerta a lo inefable.

El carácter de evidencia de la vivencia refuerza como certeza. Aún con el planteo Zen.

Cuando lo leí, no fue para mí más que desatino con algo dentro, vagamente presentido. Ahora, todo era claro como el día, evidente como Euclides. Desde luego, el Dharma-Cuerpo del Buda era el seto al fondo del jardín. Al mismo tiempo y de modo no menos evidente, era estas flores y cualquier otra cosa en que Yo -o, mejor dicho, el bienaventurado No-Yo, liberado por un momento de mi asfixiante abrazo- quisiera fijar mi vista. Los libros, por ejemplo, que cubrían las paredes de mi estudio. Como las flores, brillaban, cuando los miraba, con colores más vivos, con un significado más profundo. Había allí libros rojos como rubíes, libros esmeralda, libros encuadernados en blanco jade; libros de ágata, de aguamarina, de amarillo topacio; libros de lapislázuli de color tan intenso, tan intrínsecamente significativos, que parecían estar a punto de abandonar los anaqueles para lanzarse más insistentemente a mi atención [7 pp. 23-24].

Los fenómenos, pese a ser inefables («el seto del jardín») adquieren carácter de plena evidencia («Euclides», o al modo geométrico), plena claridad («como el día»). Un carácter similar u homólogo al carácter apofánico, delirante, pleno de significaciones y certezas, estalla en cada mirada del «bienaventurado», cuando ésta se posa sobre cada objeto, en «cualquier cosa» en que «quiera fijar mi vista». Como previamente las flores, ahora los libros adquieren carácter de rubíes, de esmeraldas, por unos colores tan intensos, por una plenitud tal de significaciones que parecen «a punto de abandonar los anaqueles».

Conclusión de la primera parte

En esta primera parte del ensayo abordamos las referencias a vivencias que podrían ser interpretadas como «apofánicas». La impresión de transmutación de lo visto es aquí llamativa, y un fenómeno tal vez no debidamente señalado en estudios anteriores. La sensación del arrobamiento extático parece aquí, y bajo los efectos de la mezcalina, conducir a una visión del mundo y sus objetos con ribetes inefables. La sensación de presencia plena de lo observado tiene aquí un vigor destacable. Una presencia plena de belleza aparece aquí relatada en un lenguaje vívido, luminoso, casi incandescente. Estas coloridas y sentidas percepciones parecerían haber tenido alguna influencia en la idea de pietismo y de interioridad con que Huxley hubiera deseado limitar la violencia de su época.

Referencias

1. Bode, C. Aldous Huxley (1894-1963). In Lange B-P (editor). *Classics in Cultural Criticism I: Britain*. Frankfurt am Main; Bern; New York; Paris: Lang; 1990. p 343-74.
2. Conrad K. La esquizofrenia incipiente. Madrid-México. Editorial Alhambra; 1963.
3. Fond G. Les portes de la perception d'Huxley dans la recherche en psychiatrie, 60 ans après, [Huxley's "doors" in psychiatry research, 60 years on] *Encephale*. 2012; 38 (6):451-52.
4. Gaitán L, Echarte-Alonso LE. Del escepticismo al misticismo científico: el itinerario de Aldous Huxley. *Persona y Bioética*. 2012; 16(2):108-29.
5. Gargiulo PA. Sobre la desesperanza y otros escritos psicológicos. Aproximaciones fenomenológicas a la desesperanza, la empatía y la tectónica psíquica. Saarbrücken: Editorial Académica Española; 2012.
6. Gargiulo PA. *Sobre la Desesperanza*. Mendoza: Edición del autor; 2000.
7. Huxley A. *Las puertas de la percepción*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana; 1962.
8. Huxley A. *Un mundo feliz*. Barcelona: Plaza y Janés Editores SA; 1969.
9. Huxley A. *La filosofía perenne*. Buenos Aires: Colección Índice, Editorial Sudamericana; 1977.
10. Jolivet R. *Diccionario de Filosofía*. Buenos Aires: Club de Lectores; 1984.
11. Lalonde A. *Vocabulario Técnico y Crítico de la Filosofía* (2da ed. en esp) Buenos Aires: Editorial El Ateneo; 1966.
12. Lancelot M. *Los Hippies. Quiero ver a Dios de frente*. Buenos Aires: Emecé Editores; 1968.
13. Lancelot M. *Campus: Violencia o no violencia*, Buenos Aires, Emecé Editores; 1972.